

Domingo 1 Cuaresma-A

El desierto, antes de emprender la ruta

En la experiencia de Israel, el desierto es el lugar de las nuevas salidas. Es el lugar del silencio y de la ausencia. En él no se encuentran ni estructuras, ni presiones sociales, ni camino trazado por adelantado, ni mercader de legumbres, ni ninguna otra ventaja de la sociedad egipcia dominante y rígida.

Así privado de todo, Jesús experimenta la libertad de volver a partir de nuevo. El tentador se acerca entonces a él para indicarle tres direcciones fundadas en la lógica humana.

En el bautismo, se oye una voz del cielo: *"Este es mi Hijo amado; en él he puesto todo mi amor."* El diablo saca una primera conclusión: *"Si eres el Hijo de Dios, ordena que estas piedras se conviertan en pan."* En otros términos, aprovecha tu poder para asegurar tu bienestar material.

Somos tentados de la misma manera: hay que elegir entre el proyecto de Dios y las ventajas personales. Jesús elige fundamentar sus decisiones en la Palabra de Dios: *"Está escrito: No sólo de pan vive el hombre sino de toda palabra que sale de la boca de Dios."*

El tentador lo coloca en el pináculo del Templo. Si eres el Hijo amado, *"arrójate, pues está escrito..."* La proposición es lógica una vez más, y aparentemente fundada en la Palabra de Dios. Pero *"Jesús le declara: también está escrito: No pondrás a prueba al Señor tu Dios."*

La tercera vez, el demonio propone una alianza con Jesús: un simple gesto de cambio de su muerte en cruz. *"Todo esto te daré si te prosternas para adorarme."* Adorar significa reconocer como dueño y señor. Jesús responde con lo esencial de la Palabra de Dios: *"A él sólo adorarás."* El hombre sólo se someterá al que es superior.

En la narración de hoy, Jesús revive tres experiencias desafortunadas de Israel en el desierto, y las retoma en su fidelidad. Es Dios quien dará el pan de vida en el tiempo deseado.(1) Jesús rechaza tentar a Dios como el Pueblo lo había hecho en las aguas de Meribá.(2) En fin, corrige el episodio del becerro de oro (3). Desde su entrada en escena, el Redentor restablece al Pueblo de Dios por las vías de la obediencia y de la fidelidad.

(1) Deuteronomio 8, 3.

(2) Éxodo 17, 7 y Deuteronomio 6, 16.

(3) Éxodo 32.

P. Felipe Santos SDB